

WILLIAM PESCADOR

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

Milde nos invitaba a dormir con el Gran Libro Verde de los Mapas. Se tendía en la cama entre un par de niños absortos en la eventual desaparición de los continentes. Mi madre se mojaba los dedos con la lengua antes de pasar cada plana, señalando los países más pequeños del mundo y los mares de agua dulce. Antes de cerrar el mapamundi, nos pedía que señaláramos a ciegas un punto en el tríptico de los hemisferios. Al abrir los ojos sabíamos que el sueño al que nos guiaba transcurría en Alto Volta, por el río Tíber, en algún paraje de la Mongolia Interior.

Felicidad me entregó el gran libro. Tuvo que subirse en un banco para alcanzar el tesoro, colocado en el estante más alto del librero. Hojeándolo, recordaba el dedo índice de mi madre apuntando sobre las montañas del Cáucaso, como Dios o como el viento, capaz de volarle el sombrero a un campesino.

Hice del Atlas mi tratado. Dibujé sobre sus mapas los esperpentos de la avestruz y del tigre, acompañando las siluetas de Alaska, Marruecos o el Mar de las Sirtes. Privado de las enseñanzas geográficas de Milde, veía televisión antes de dormir y ponía al Gran Libro Verde de los Mapas bajo un plato de huevos estrellados, dejando caer las gotas de yema sobre la superficie del archipiélago malayo. Fui creador de Fantasías insospechadas, cuando el chocolate se deslizaba sobre un páramo helado de Groenlandia. Deformé sin remedio la Oceanía, Sicilia y el Perú. Recorría el departamento con el mapamundi, y si Felicidad no lo hubiera impedido, lo habría llevado conmigo al mercado o a la tintorería.

Felicidad y el niño tributaban al Atlas un culto severo y circunspecto, aunque cada uno por razones distintas. Para ella era la garantía del silencio infantil, y para mí, la llave de todos los signos. Esa comunión se rompió cuando la criada constató las penosas condiciones en las que se encontraba el gran libro. Imaginé la probable reprimenda que recibiría por el maltrato de un objeto que por su peso y tamaño con-

sideraba de alto valor. Felicidad desatendió mis súplicas y escondió el Atlas.

Acabé por encontrar resignación. Había babeado los cinco continentes durante meses. La memoria de las formas geográficas se convirtió en imaginación práctica. Ajusté mis diseños cartográficos a las dimensiones del departamento. Mi habitación fue un reino amurallado que separaba a Gengis Khan de los cobardes chinos. Al norte nacía el desierto de Gobi con sus esquivos gatos salvajes. En los países de William Pescador el mundo se preparaba para la Historia. Estaban antes que Herodoto: la vida política y militar necesitaba de un mapa donde transcurrir. El niño ya leía y escribía, pero me reservaba ese conocimiento para el porvenir. Apuntaba al calce notas escritas que proyectaban toponimias. Intenté un alfabeto en clave, para narrar esas historias ordinarias de crímenes y migraciones a las que deseaba condenar a mis súbditos. He olvidado todo aquello. Es una más entre mis lenguas muertas.

La promesa pronunciada ante la tumba de la Rata Blanca, una vez fracasados mis poderes taumaturgicos, me obligó a insistir en ese mapa del mundo real que prometí a mis camaradas y que abriría el camino de los espectros. Olvidé las cortes derrocadas y las aldeas devastadas por las inundaciones. Dejé morir entre los canchales a una delegación científica destinada a las Islas Afortunadas.

El pequeño dictador topógrafo arriesgó proyectos más ambiciosos. La profundidad de mi indagación en el espacio trastornó las nociones del tiempo. Ansiaba saltar al siglo dormido. Creí que el acceso estaba en la puerta de servicio que conectaba al departamento con los pasillos interiores de Omorca. No me equivoqué.

Aunque recuperar el alma de la Rata Blanca era una obligación de mago y caballero, me las arreglé para engatusarlos con falsos auspicios. Cualquiera cree en los cuentos de hadas con un poco de indulgencia. Necesitaba de un pretexto trascendente para levantar el mapa interior de Omorca.

Pronto encontré una respuesta. Hacía un año que Sitnorb había muerto. Fue mi mejor amigo, estrella infantil del cine de vanguardia, y como yo, experto

• Capítulo V de *William Pescador*, novela que por estos días pone en circulación Ediciones Era.

en la zoología de los mamíferos, materia a la que consagrábamos las tardes libres. A Sitnorb lo atropellaron mientras cruzaba la avenida en busca de la entrega semanal de *La vida maravillosa de los animales* en fascículos encuadernados. Agonizó tres días.

A veces recordaba haberlo visto morir, aunque es probable que la memoria confisque narraciones ajenas, pues es incierta mi presencia en el momento del accidente fatal. El niño creyó simplemente que Sitnorb había desaparecido. Y lo que desaparece, por lógica, está en otro lugar. Había que buscar a Sitnorb como a cualquier otra de las cosas que se pierden.

Esa convicción me llevó a inspeccionar detalla-

damente los edificios centrales de Omorca. Descubrí que no sólo mi piso, sino todos, contaban con esa puerta estrecha abierta hacia los pasillos, galería habitualmente sellada para uso de las sirvientas y de los teporochos, pasadizo que conducía igualmente a la azotea, la calle y los sótanos.

Semejante ampliación del universo me abrumó. Pero no podía desistir. El nuevo mapa habría de ser tan preciso como para conducirme hacia el acróbata Sitnorb. Íntima y secreta, la cartografía de Omorca permanecería lejos de esas manos nefastas que gustan de deshilar las conspiraciones. El niño ignoraba que otra conjura estaba fraguándose mientras buscaba la senda de los espíritus. ◀

CENTRO DE CARACAS

LUIS IGNACIO HELGUERA

En el centro habitan siempre los personajes más marginales.

Un viejo tenor canta, engomado y engolado, arias italianas. Una doña que va con el río de gente, en falda y tenis, interpreta chillidos en su flauta de dedos y alientos: "¡Ay mamá! ¡Ay papá! ¡No me pegues mamá! ¡No me pegues papá!" Un anciano alfeñique carga sobre su cabeza un mundo de periódicos al grito pueril de: "¡El-Mun-do! ¡El-Mun-do!"

En el centro lo estrafalario anda con naturalidad; lo natural es estrafalario. La realidad es milagrería, circo sobre ruedas: niños que nacen viejos, viejos que se han vuelto niños. El vaivén de las caderas caraqueñas compone fantasmas melancólicas. Y toman cuerpo las tarjetas de lotería.

El viejo tenor sueña, al cantar, que debuta en el Teresa Carreño. La mujer loro, que acapara oídos y risas, no lleva vasito para limosnas: fantasmas del arte por el arte. El anciano vendedor de *El Mundo* es la parodia más prosaica e inquietante del Atlas.

Como en un corazón enfermo y resistente, late y se alborota la vida en el centro, ebria y arrítmica, enrarecida y generosa.